Ciro Mendía

Noche de Espadas

NOCHE DE ESPADAS

OBRAS POETICAS DE CIRO MENDIA:

Sor Miseria.
Como el vino en la cántara.
El Libro sin nombre.
Lámparas de Piedra.
Escuadrilla de Poemas.
Impetu.
Naipe Nuevo.

CIRO MENDIA

NOCHE DE ESPADAS

CROMOGRAFICAS
IMPRESORES
Bogotá, D. E.
— 1955 —

En la noche de espadas,
caen de las estrellas,
gotas de leche y música
para los niños negros y las piedras.

EL POETA VA DE COMPRAS

El oro salió del Banco,
con él me topé en la calle.
El pobre sufre un resfrío
y ya no lo quiere nadie.

Véndame, señora mía,
sus labios de bien-me-sabe,
sus piernas de cedro joven
y sus pestañas de alambre.

(Ay, que hace días no veo
a mi novia de los martes.)

Véndame un as de asteroides,
un centavo de diamantes,
un maravedí de perlas
y un sestercio de volcanes.
Un tapiz de luna al vuelo,
una esmeralda en el aire,
una amatista sin Papa
y un reloj sin amistades.

Un perfume de neblina
con zumos de plata y jade,
una jaula de aceitunas
y un ruiseñor de jarabe.
Un paquete de gusanos
finos, de primera clase,
para que devoren pronto
la jalea de mi carne.

Una corbata de espumas
y de hojas de río un traje,
dos camisas de fantasmas
y un sombrero de cadáver.

(Ay, que hace siglos no veo
a mi novia de los martes.)

Un atardecer de loros
poliglotos, sin cantares,
y envueltas en nubes verdes
mil novelas policiales.
Un solo de galgo ruso,
y un dúo de sementales,
un trío de hienas blancas
y un cuarteto de jaguares.

Una cebra sin piyama,
una libra de elefantes,
dos jirafas descotadas
y tres leones sin nadie.
Una pantera hechicera,
el enano aquel más grande,
y ese payaso que llora
vestido de chocolate.

Un automóvil de humo
o de fuego, con garage,
un helicóptero líquido
y un ajedrez con pedales.

Un revólver con mi miedo,
diez balas de calamares,
un puñal de caramelos
y un bisturí de guisantes.
Un maremoto de alpiste,
un terremoto de encajes,
un huracán de bolsillo
y un álbum de tempestades.

Quiero que estas cosas mías
a mi tumba me las mande,
pues párto para el infierno
en el avión de la tarde.
Y aquí tiene usted el oro
que yo me encontré en la calle.
El pobre se puso malo
y ya no lo quiere nadie.

Muchos recuerdos, señora,
a mi novia de los martes.

LA CENA DEL POETA

Oye , mozo, me traes:
un cocktail de rocío y ambrosía
en el cáliz sin fondo de las flores,
y si las flores ya no tienen cáliz,
te recomiendo un cáliz de amargura.

Una manzana sana y no de aquellas
del árbol regular y nunca malo.
Ensalada de orquídeas y camelias
en agua de Colonia y arco iris.
Una sopa de tréboles y ópalos,
de brisas y arreboles,
con polvo azul de mariposa virgen,
con ayes de Abelardo y Eloísa
y entrañas de canarios en su trino.

Muslos de Cisne y Leda
con música de Bach y de Beethoven.
Una ala de turpial que no esté afónico
en salsa de crepúsculos metálicos.
Huevos de ruiseñora en nido ajeno
o de pájaro mosca marihuano.
Arroz de nube y mármol con suspiros;
una lengua de Esopo —no la suya—;
hígado triste del Becerro de Oro;
corazones de ninfas en su estuche;
caviar a la staliana o puskiniana;
un pez espada —si es que el Cid la presta—
y la paloma de la paz al horno
que al horno está la paz hace ya días.

El pan que sea rojo
y amasado por ángeles y arcángeles.
Si es posible —y lo es— me lo presentas
en un plato de plata, en aquel mismo
que empleó Salomé, cuando el sombrero
cortó de Juan el Bautista:
pero lo lavas con jabón de estrellas.

Champán de los viñedos
de las pirámides de Egipto.
Postre de lava, helado,
con mirra y cinamomo.
Después en copa áurea, no, de piedra,
con ostras sollozando,
me sirves la socrática cicuta.
Si este brebaje se agotó, me haces
un tiro a la manera
de Werther, sin Carlota,
con cebolla y sin lágrimas.

La cuenta se la pasas —soy egeno—
en hojas de laurel o de papiro
a mi amigo Lord Byron.

JUVENTUD AL AGUA

Alta, muy alta, yo te vi sin ropas,
desafiando la luz y los colores,
alzar los brazos y subir las rosas.

Cómo te zambulliste, pasajera,
desde mi corazón de trampolines:
cómo tu sexo penumbró la almendra.

Desnuda, sí, desnuda sin la brizna
de un suspiro de trébol, te tiraste
y no saliste más de la piscina.

Y no saliste más. Con mi linterna
te busqué bajo el agua y en el agua
—mujer de agua— te dejó mi pena.

Juventud de San Luis descarrilada,
de ventana en ventana, enriqueciendo
mi colección de besos a la carta.

Juventud sin colegio, a la bartola,
en las playas del río celestino,
ojo avizor al baño de las mozas.

Juventud con Amelia y vacaciones:
qué bueno lo pasábamos, Amelia,
comiendo besos y espantando flores.

Juventud con Cecilia —de luz alta—,
de corazón de pan y azules hombros,
clara como una nube desposada.

Juventud con Camila madrileña,
fruta con ojos, golosina oscura,
cómo te quiso el corazón de cera.

Juventud con la voz de Margarita
que tenía la voz de la mañana
cuando le da a la flor los buenos días.

Juventud de papel sin armisticio,
definitivamente enarbolada
en la columna vertebral del grito.

Juventud de gerundios moscateles
en coches, con guitarras bachilleras,
y mujeres, mujeres y mujeres.

Juventud de parásitos donjuanes
con los jorges, eduardos y gabrieles,
entre copas, ruletas y billares.

Juventud de poéticos delirios,
de amaneceres rotos y sin blanca,
con Juan Ramón y con Rubén Darío.

¡Narcisa de cristal! Nadar no sabes
pero eres un amor de cuerpo entero.
¡Muchas gracias, vendimia de mi sangre!

¡Y adiós, calcomanía de mis huesos!

ELEGIA II

Tu beso está en las rosas de tu nombre
y en la ciudad de las estrellas.
Está en los escoriales de la uva
y en las praderas de tu espejo.

Pero no está conmigo.

Está en el corazón de la granada
y en el sexo sin sol del arpa rubia.
Está en el vértigo del viento
y está en el pensamiento de las flores.

Pero no está conmigo.

Está en la voz del ámbar y del ópalo
y en los huesos del agua.
Está en el ruiseñor del terciopelo
y en los folios del libro de la tarde.

Pero no está conmigo.

Tu beso está en el paso de los árboles
cuando llevan sus frutos de la mano.
Está en la transparencia de las piedras,
si al recordarte a ti, caen de hinojos.

Pero no está conmigo.

Tu beso está en la sombra niquelada
del tembloroso colibrí suspenso.
Tu beso puso dátiles oscuros
en la sed de las naves y las nubes.

Pero no está conmigo.

Tu beso abrió los ventanales
del horizonte y se hospedó en un lirio.
Nació cantando esencias y colores,
sabores y dolores y silencio.

Pero no está conmigo.

Tu beso está en los dijes de las hojas,
está en mis hijos y en mis ojos.
Tu beso llegó un día de los brazos
de la noche, y se fue con los ríos

de la mañana, en busca de tu sueño.
Y se quedó dormido con la muerte.

TRAGEDIA MINIMA

I

Esperando a Maryla

Allá viene Maryla, la que hila
mis sueños y en mi sangre toda riela.
Mi Maryla sin alas casi vuela,
que a dos besos del sol Maryla oscila.

Maryla —que es la doble de Dalila—
los mares del amor cruza a la vela,
y si su amor de altar no la desvela,
fuertes zumos de amor ella destila.

Mientras su paso la avenida enmiela,
trae mi corazón bajo la axila
que es el tibio rincón de la canela.

Por sus labios la luz se torna lila,
la tarde con su cara se niquela...
¡Firme, mi cabo Amor! ¡Llegó Maryla!

2

Maryla en la casa

Impulsiva y tenaz como las olas,
con las mañas en gris de las arañas,
se me llenan de insomnio las pestañas
cuando la rama de tu orgullo arbolas.

Cómo admiro tus gráciles patrañas
que en tus labios se tornan amapolas;
cómo con tus mentiras que aureolas
me pones de paloma las entrañas.

Tú, Maryla, que tocas las esquilas
de mis difuntas risas sin sentido,
toda la gama del amor asilas.

Y no siendo, querida, tu querido,
me controlas, me encelas, me vigilas,
y echas sal en la herida de tu herido.

3

Maryla en el hipódromo

Por su traje amarillo la sonora
hora a Maryla atrae y estimula,
y el sol —su caro sol— la congratula
porque en su pelo el sol mejor se dora.

La suerte su alegría franca adula
y con himnos de sol la conmemora.
La fiesta con Maryla es una aurora
que ella decora y a la vez azula.

En su oreja de azúcar oigo y siento
que la brisa de sal le cuenta un cuento
que alaba el pimentero entusiasmado.

Su júbilo la eleva, la desnuda,
y le susurro yo, nulo, a su lado:
—El caballo del viento te saluda.

4

Maryla en el mar

En este sitio, el corazón, un día
bajó a mi mano y en la suya ajena,
clavó los cinco gritos de mi pena
que en la ausencia sin anclas padecía.

Frutecida de mar, del mar salía
martirizando con sus pies la arena.
Su voz aún en el ambiente suena,
que es ésta —y del amor— la playa mía.

La luz —miniaturista ágil, madura—
exornaba su espalda y su cintura
de pájaros marinos y morenos.

Y al sonar del adiós la nota leve,
gota a gota caían de sus senos
anunciaciones de rosada nieve.

5

Maryla en el cine

Estupenda y locuaz la llevo hasta
el salón de las móviles figuras.
Maryla, hermosa, gusta de hermosuras
y una hermosura casta a ella le basta.

Maryla —pura casta— es casi casta
y le encantan las verdes travesuras
de las "estrellas" mozas y maduras.
(A mí no, porque soy iconoclasta.)

La oscuridad es grata compañera
del amor; ¡si Maryla me quisiera
la oscuridad aquí sería una lira!

Suena un beso en el lienzo. Yo la miro
y le dejo en sus labios un suspiro.
Pero ella ni me mira ni suspira.

6

Maryla llora.

No llores más, celeste cocodrila,
líquida roca, deliciosa fiera;
no te mojes los ojos, compañera,
no te arrugues la sangre, mi Maryla.

Tu llanto de mentiras me horripila,
me conturba, me rompe la sesera;
no llores más, mi artista plañidera,
y ya las perlas de tu gracia enfíla.

(Se seca, al cabo, el cristalino pozo,
se convierte la lágrima en sollozo
y el sollozo en gemidos finos, suaves.

Se pasa por los ojos mi pañuelo,
me sonríe, felina, y llamo:) —Otelo,
vamos a hablar de aquello que tú sabes.

7

Maryla duerme.

Se ha dormido el amor. Duerme su risa,
duerme su juventud, duerme su aliento:
es la vencida catedral del viento,
una cautiva tempestad, sumisa.

Su cuerpo así rendido en una brisa
soñolienta, en un cansado pensamiento:
duerme la caracola de su acento
y la espiga bipar de su sonrisa.

La corza blanca ya descansa. Un vino
de sus párpados cae y adivino
que sueña con un ángel caballero.

Maryla! —grito. Pero no despierta.
Mi Maryla de miel se hace la muerta
para ver si de pena yo me muero.

(Otelo de Maryla prisionero
le da el puñal y dícele:) —¡Divina!
¡A ti ni el mismo Shakespeare te asesina!

EPITAFIOS FUTUROS

uno

Con su frac de cenizas de agonía,
ciegos ya el corazón y el catalejo,
yace aquí —dialogando todavía—
don Alfonso de López Pumarejo.

Su talento, que misas-dos-valía,
por lo alto, lo ancho y lo complejo,
al verterlo en su mágica energía,
quedó el escudo nacional perplejo.

Gustaba más de Brummel que de Gandhi
este narciso del Gualí, y el dandy
no equivocó su prócer trayectoria.

Que fue un grande la Patria conceptúa,
y falleció de verba capicúa
subiendo la escalera de la historia.

dos

Aquí, muy en lo hondo, acá en el fondo
de la tierra melódica, sin verbo,
descansa José Mar, aquel orondo
señor de Santa Rosa de Viterbo.

Este siervo del bién, que no fue siervo
de nadie, era un escéptico redondo:
en vez de cisne prefirió ser cuervo,
cuervo sin NUNCA MAS, mondo y lirondo.

Era de porte asaz bolivariano,
mucho más volteriano que mundano
y era su stylus fino y peligroso.

Murió de reumatismo y socialismo,
una noche de perros en que él mismo
su busto apedreaba en Sogamoso.

tres

Lléva tu mano, peregrino, al pecho
y que una plegaria sea tu mano,
que sobre este de tierra amable lecho,
se durmió sin su sueño Juan Lozano.

Fue don Juan un demócrata cristiano
más bueno que la brizna de un helecho
de su heredad de Suba y más humano
que un palacio de pan, hecho y derecho.

Se burlaba de todo lo que vía
y de su propia risa se reía
este poeta de lejano acento.

Dejó un buque fantasma y un himnario
y falleció de un síncope bancario
cuando esperaba el ascensor del viento.

cuatro

El inquilino de este lindo hueco
que hace años, muchos, arboló la pata,
era un vejete caprichudo, enteco,
calvo como rodilla de beata.

León de Greiff fue pobre como rata
de sacristía; de linaje sueco,
su poesía, que la gloria acata,
era de un himno wagneriano el eco.

Cegatón, infantil y musicólogo,
cultivó su satánico monólogo
bajo un arco de puntos suspensivos.

Y escuchando de Schubert un andante,
murió de barbiamnesia circulante
en un mes de domingos adoptivos.

cinco

Bajo esta loza de silencio fuerte,
lejos de él y de la mies febea,
comiéndose las uvas de la muerte,
sonríe don Eduardo Zalamea.

Sobre sus huesos ya sin cuerda, vierte
la paz su vino, que bendito sea:
en su verde prosal aún se advierte
la sobria novedad que allí aletea.

Poeta y soñador, varón completo,
rompía lanzas y exponía su peto
al ver la libertad a la deriva.

Murió en olor de tinta y de escritura,
una mañana negra de censura
mirando sollozar la rotativa.

seis

Deténte, caminante, y aquí réza
un padrenuestro de piedad madura,
que detrás de este mármol de ternura,
don Gabriel Cano sin su Luz bosteza.

Era de humo, de agua y de tristeza
este varón de mínima estatura.
Todo en él era blanco: la blancura
de su alma era exacta a su cabeza.

Dejó, con un nivel, su pipa inválida
y una famosa whiscoteca pálida
de vítreos fantasmas, mudos, solos..

Murió sobre una piedra cariñosa,
de una crepusculósis infecciosa,
después de una asamblea de gladiolos.

siete

Pára tu planta y asordína el vago
gemido de tu voz, oh, peregrino,
que a esta fosa, por las malas, vino
Ciro Mendía, cónsul del Estrago.

Era contradictorio, absurdo, aciago
y comulgó con ruedas de molino.
Su animal favorito fue el pollino
y su santo dilecto era San Vago.

Fue de la luna cáustico enemigo
y amigo del reloj, le importó un higo
del sol la colección de tántos viajes.

Feneció de una arruga en el sombrero,
un bello martes, treinta de febrero,
en un barco de arsénico y encajes.

PARA EL TUMULO DE ADELAIDA MENDIA

Llevándose del bién todo lo mío
y de mi corazón todas sus cosas,
aquí duerme —encantando mariposas—
Adelaida, la niña del rocío.

Era la camarada de las rosas
cuando se iban a jugar al río
en un navío de alas, un navío
de sonrisas y risas jubilosas.

Llamada por un pleno de querubes
la saludaron, al pasar, las nubes
en su viaje sin novio por el cielo.

Y en su prisa de velas inspiradas,
dejó su mano por ahí, olvidadas,
mi alma y su muñeca sin consuelo.

PARA EL TUMULO DE VESTAMOR

Aquí, con la obediencia de la cera,
quedó por siempre su inmortal hechizo:
en esta tumba de la primavera,
descansa Vestamor, y yo agonizo.

Era de miel, de sol y de lis era
esta clara mujer que divinizo.
Mi corazón la hizo a su manera
y el amor imposible así la hizo.

Intacta su belleza toda, brilla
en el cinéreo cofre, maravilla
de aquella fiel y humana arquitectura.

Todo en su sér sin ser está despierto:
¡mi muerta todavía no se ha muerto,
que ha vencido a la muerte mi ternura!

SEGUNDA TEMPORADA INFERNAL

A Rimbaud 1854 - 1954

Llevaron al infierno un niño azul, fragante,
que hallaron bajo el pórtico de una casa de oro.
En los vastos salones de fuego se oyó un coro
de rojas cortesanas en loor del infante.

Diablesas coronadas corrieron al instante
a colorar de besos al chiquillo. Un sonoro
y villonesco ¡Viva! saeteó el decoro
del sabroso recinto de ambiente delirante.

En lecho de humo y llamas pusieron al pequeño
que amamantó la Gloria. Y una noche sin sueño
ya mozo, huyó del ígneo Círculo sin hastío.

Paul Verlaine hizo suyos sus brazos juveniles,
traficó en Abisinia con armas y marfiles...
Y, al tornar, el Demonio lo saludó: —Hijo mío.

RETRATO DE HOMBRE

Aquí estoy con mi cara de perfume estragado,
bajo una cabellera de ceniza torcida.
Ayer mandé a paseo mi corazón intruso
y tiré por la borda mi juventud proclive.

Del extravío al vértigo, con golpes de pecado,
trotó mi sangre errátil sin lograr la caída.
El amor a la muerte sus alambradas puso,
pero pasó la muerte y en mis imperios vive.

Lamió la playa rosa de mi alegría, el paso
de una niña de espumas —la espuma de un lamento—.
¡Adelaida en las flores y en el cielo Aletheal

Y así voy con mi antorcha del ocaso al acaso,
para saber, perdido contra la cruz del viento,
qué más la frágil muerte de mis bienes desea.

NUEVO TESTAMENTO

Vestido de necio y verde...

Góngora

Casi vivo, y en el nombre de Dios nuestro Señor, amén, te
dejo a ti: la bordada sombrilla
de los horizontes nómadas. Los remos de Colón, el reloj de
Judas, mi voz y el rudo
cáliz del viento. El Banco de Londres con sus deudas preciosas,
mi pan y la amarilla
tristeza de las minas de oro, abandonadas; y del Museo del
Louvre su mejor desnudo.

Item: te dejo la voladora terraza del Empire State por si te
provoca lanzarte al mudo
resbalón de la muerte. El Pentágono. La laguna de Guatavita
que de caciques ronca y brilla;
la Sinfónica de Venus; L'isola di Capri, la pistola, la lanza,
el yelmo y el escudo
de mis heroicas mocedades; el helicóptero de cera de Icaro,
mi razón y mi piel sin semilla.

Item: mi gato, ingrato, persa; mi perro Corydón de ojos ver
des; todas mis torres pávidas;
la biblioteca de Adán y las joyas de Eva; los loros, los insec
tos, las encinas grávidas
de América; el Momotombo, la Osa Mayor; la pasión de las
piedras y mi incendiada alfombra.

Item más: mi corbata sin pétalos y mi risa y mis ojos, mi
salud, mi maldito entrecejo;
la espuma de mi grito; el metal de mis sienes; el cristal de mi
cráneo, y, en fin, a ti, te dejo
mi castillo de humo; la playa de mi soledad, mi último paso
y el candil de mi sombra.

CON SU ROCA A LA ESPALDA

Yo vi cómo aquel hombre se comía los horizontes con sus pasos,
cómo rompía vallas de diamantes con los dientes y las uñas;
yo vi cómo en sus sienes palpitaba una fuerza de agua hirviendo,
un torrentoso anhelo de destrucción, un macizo de iras y de odios;
yo vi cómo cruzaba océanos, montañas, parques, desiertos, pantanos,
selvas, jardines y ciudades, desmelenado, abierto, furente, trepidante,
con la frente enramada de estrellas y futuros, de sudores y pólvora.
No era un hombre, era un cataclismo, una bestia con palabras y látigo,
con los brazos tatuados de símbolos, el corazón con ruedas de fuego,
perforando nieblas y tinieblas, árboles dormidos y puentes temblorosos
daba el pecho al grito de las tempestades, rugiendo, apostolando,
sin parar un momento, sin caer un momento, sin dejar de esperar su sombra,
aquella sombra rota que aún tenía frescas las heridas del último tormento.
Otra brisa diabólica había hinchado, pávida, su velamen de angustias.
En sus manzanos y perales flotó el humo de hierro de la nueva hecatombe
y la voz de la muerte se oyó en su huerto con oboes de lágrimas.

Y el viento y el rayo no sabían por qué aquel pedazo de hombre corría tánto.

Yo vi cómo una noche se cortó los cabellos —los cabellos de épicos cordajes—
para hacerle una almohada a un niño enlutecido de Corea.
Lo vi llorar para calmar la sed oscura de un hermano caído y destruído.
Porque aquel sér de bálsamos malditos, volaba sin tener alas,
corría y sus pies y sus piernas se habían quedado en otra parte.
Era él el mútilo, la flecha paralítica, la saeta partida, pero tenía piernas,
pies y alas en el corazón, en los músculos, en la mente,
porque partía a defender el orgullo multicolor de los pavos reales
y porque —con cara de diluvio— los diplomáticos dijeron —voz canosa—
que se mataran otra vez los hombres a ver si eran tan hombres como ellos.
Hizo trinar cañones y creyó que eran flautas las ametralladoras;
en la hoja de su cuchillo quedaron grabadas las mascarillas de sus víctimas
y en su afán ecuménico mató a quemarropa águilas, alondras, colibríes,
la Osa Mayor y a su gitano, las Siete Cabrillas y a su pastor sonámbulo
y más de una bala suya cayó a los pies del Padre Eterno.

¿Por qué corría tánto aquel hombre, saldo de dioses extraviados?
Porque la probidad heroica del pueblo no da espera, ni cede, ni vacila
y porque Prometeo continúa corriendo con su roca a la espalda.

Corría para ganar su cacho de pan, su cama negra, su vino de alimañas,
para que no destruyeran su pocilga, para que no partieran en dos a sus hijos
y a su mujer preñada; para que los ángeles y serafines de Wall Street
no fueran robados por los otros ladrones; para que su bandera
no fuese destrozada después de haber sido vendida por un bistec de hormiga.
Para espantar su miseria y la farsa económica y las falsas arengas,
para que las máquinas cantaran su himno pingüe al amo absoluto
y porque ya la patria la forman los gobiernos inútiles, los ociosos magnates
y el trigo a media asta para que no lo vean las pupilas vestidas de hambre,
Y porque a aquel hombre vacío que corría como el viento crinado,
como el gamo de goma, como el rayo de mástiles indómitos,
lo impulsaba un ideal clavado en la piel, en la luz, en el llanto,
una pasión, la pasión máxima, la pasión vesubiana, la pasión que sostiene,
la pasión que se eleva y rebota, que es la pasión de la libertad íntegra.
Corría... volaba... —exhalación pensadora— para alcanzar al viento,
al gamo, al rayo,
porque en el viento, en el gamo y en el rayo, está la ruta del hombre libre.

¿Por qué corría tánto aquel hombre, saldo de dioses extraviados?
Porque la probidad heroica del pueblo no da espera, ni cede, ni vacila
y porque Prometeo continúa corriendo con su roca a la espalda.

Pasó por playas de terror, por abismos de espanto, por cúpulas de cráneos,
por praderas de entrañas; bebió sangre ya negra, mascó dolor y carne
de caballo
y en el idioma de la muerte habló con todos los cadáveres del mundo,
porque de todo ese mundo que miraron sus ojos, no quedó una copa de tierra
que no se llevara a sus labios aquel inocente turista del infierno.
Hasta qe un día sin sonido, un día sin horas, sin lumbre, sin espacio
—porque ya las encinas no quieren dar su sombra a los escogidos—,
cuando hubo llegado a la meta segura, a la meta de cuero de la muerte,
ese mártir giróvago, ese San Sebastián de las trincheras,
se acordó que no tenía pies, ni piernas, ni alas, ni corazón, ni patria.
ni pasión, ni destino, ni libertad, ni sangre.

Y fue así como el gamo de goma —a la zaga— les preguntó al viento y al rayo
por qué y para qué aquel fragmento de hombre había corrido tánto.
Callaron rayo y viento. Porque adelante iba Prometeo con su roca
a la espalda.

ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

A

A. J. S.

uno

Estoy solo en mi cuarto de líneas amarillas.
Por los vidrios llovidos de la ventana, entran
—hechos trizas— los ayes de los niños sin leche.
Y por la puerta abierta llega la luz asesinada.
Tengo sed de tornados, de tifones de hierro.
Se hincha la vela negra de la hecatombe pálida:
son las bestias azules que bajan a beber sangre al río.
Te conozco, malvado, con tu cara de sapo y tu mente de insecto.

Una brisa de ratas rotas por la ciudad camina.

Copia un espejo la imagen de mi estrella en pedazos
y en él veo el retrato de una niña con alas.
Este cuarto es mi cárcel, la cárcel que merezco
porque he callado el crimen de los magnates del odio,
mientras en plazas y calles caen los hombres incógnitos
agujereados por los fusiles de puntería exacta,
y arden los edificios y la dinamita destroza, complacida,
máquinas que se hicieron para elevar el pensamiento
en brisas de papel y palmeras de tinta.

Se anuncia una matanza de palomas de vidrio.

No hay nada en orden, ni el amor ni el cielo.
Bajo la tierra escucho que se cuaja un terremoto de gusanos,
de estiércol y cenizas. Todo está sin aliento. La ciudad se desintla
igual que una bomba de goma en las manos de un niño.
Se acabaron los árboles, las fuentes y los pájaros.
Mañana nos iremos a comer luceros y a cultivar en Marte
tulipanes verdes. El sol ya sólo sirve para secar la ropa.
Los ruiseñores cantan a tanto la tonada
y se hacen sacar los ojos para pedir limosna.

La luz está llorando frente a los cirios ciegos.

Un huracán de iras y protestas desde los libros sopla.
Sí, aquí estoy contra el muro, con los brazos en alto y la puerta sin sombra:
adornad y llenad mi carne de lunares de plomo.
Soy vuéstro, soy del estornudo de vuestras escopetas.
Y que un viento de trágicos penachos ensaye su concierto
en el arpa de mis huesos de nieve.
Mi corazón está de viaje y no sé para dónde
y mi sangre galopa, directo, hacia ausencia ilímite.

El pueblo que fue un toro de fuego finge ser una rata.

Los minerales cantos de mi pasión perfuman tu recuerdo
de cristal y de agua, oh, Vestamor en el país de las maravillas!
Estoy solo y sin lumbre, comido de demonios,
acorralado, envenenado de rabia, cercado de fantasmas...
Vén, huéspeda del cielo, hasta mis súplicas.
Te hablo con las palabras de los pájaros nocturnos
cuando la tempestad rompe la cárcel de su angustia.
Con las palabras del cuervo en la vigilia
cuando muerde las uñas de sus patas de clavos.

Pasa por mi epidermis un rumor de pistolas y cuchillos al aire.

Estoy solo y al rojo. Arboles son mis dedos y mis brazos.
Esta silla angulada de maternales caderas, donde pienso
y aúllo, donde he rugido versos, fue un árbol.

Este armario de viejos perfumes, caja de ropas raídas,
fue un árbol. Este lecho, campo del pensamiento,
fue un árbol. Aquel hombre que llevan
a dormir bajo tierra, a comerse su lengua,
va vestido de árbol.
Mi corazón, mi sangre, mi cabeza, mi sexo,
mi rencor y mi cólera, son un árbol.
Y tú, flecha perdida en las estrellas y en la muerte,
con tus senos dormidos y tus labios borrados,
con tus manos calladas y sin adiós, fuiste y eres un árbol.

Y que el diablo me lleve y me dé de su cava sus dos llaves de lava.

Estoy solo y en ascuas. Periclito.
Fuéra siguen las armas plasmando sus disparos.
La puerta está plagada de trasgos y de duendes.
Una cochina racha de terror viene de las alturas condecoradas:
así es como se caen a pedazos los gobiernos enanos
que no supieron nunca conservar sus alturas.
Estoy solo. Estoy uno. Estoy oliendo a caos.
Clavo en mi soledad gritos, gemidos, trenos
y elevo hasta los mástiles más altos mi sermón de centellas:

Bienaventurados los hombres libres porque ellos
morirán con las alas abiertas.

Bienaventurados los que rugen porque ellos no claudicaron
ni olvidaron el látigo.

Bienaventurados los que abandonaron la patria
por no verla sin libertad y sin justicia.

Bienaventurados los bravos porque de ellos será la venganza
o el reino de la muerte.

Bienaventurados los que murieron de hambre
por no comer en la misma mesa de los dictadores.

Bienaventurados los que mordieron sus cadenas
y derribaron el puente de los suspiros.

Bienaventurados los que cayeron de cabeza en los bosques
porque respetaron sus rodillas.

Bienaventurados los que humedecieron sus gritos
con la saliva de la protesta.

Bienaventurados los que escribieron con truenos
porque de ellos será la luz de los relámpagos.

Bienaventurados los que inflamaron sus ideas
porque de ellos será la casa de las antorchas.

Bienaventurados los que no lloran
porque están haciendo barricadas con sus lágrimas.

Bienaventurados los apóstoles caídos, los precursores,
porque ellos llegaron primero.

Bienaventurados los rebeldes sin fortuna, los visionarios,
porque ellos crearon la democracia.

Bienaventurados los jinetes oscuros de las pampas rizadas,
porque de ellos serán las espuelas del viento.

Música de otros mundos suena en el idioma sin hilos del espacio.
Camino y más camino y el muro se me incrusta en la frente.
También mis pasos serán medidos y contados.
Se ahogan las palabras en el canal de la garganta.
No sueno. No me toco. No me oigo. No me veo.
Cortaron mis amarras y allá voy al garete
sobre un mar de tinieblas, de púas y de llanto.

dos

No sé dónde te encuentre este mensaje,
Pablo Neruda, Adán de tu destierro.
¿En dónde estás, Pablo Neruda, Pablo
oscuro de tu Chile y de tu éxtasis?
Desde aquí escucho, cansado,
el algodón de tus plantas
sollozar sobre caminos de espinas.
Tu gigantesca sombra veo, líquida,
asomar a la playa de tus pasos,
mordiendo noches de pavor y angustia,
porque te falta el pan del hombre libre,
el vino de tu casa,
la carne de tu cielo,
la sopa de tu sol.
Tu nao-canto encalla en arenas despóticas,
pero te saludan ciudades de pájaros y hombres
con arpas de edificios y de nidos.

Pasa, embistiendo al día, por mis manos, un toro.

Pablo de Chile, grande, fuerte,
yo sé que estás atalayando el viento
generoso y robado de tu patria en tinieblas.
Yo sé que estás perdido en el bosque
afilando la garra de tu himno
y esperando que un día se han de caer los huesos
de los que los llevaron como madera inútil.
Pablo de Chile, gríta,
Pablo de Chile, espéra,
no ha llegado tu puño todavía.
Ausente estás de tu izba de piedra
que lame el mar, tu mar de miel salada;
pero también estás lejos del caos,
del desorden, la bala y el cuchillo.
Y aunque yo estoy en mi choza de barro,
muy cerca del cuchillo y la bala,
del caos y el desorden,
te cambio mi presencia por tu ausencia.

Un caballo de azufre galopa por mi pecho.

¿Recuerdas, Pablo, el viento de mi torre campestre
que nos cortaba el aire y la voz y el cabello?
¿Recuerdas aquel cielo sin cortinas?
¿Y la montaña de metal al frente?
¿Y el río a donde fuimos a pescar una tarde
sin anzuelo y con libros?
Mas yo, Pablo, tengo vergüenza de aquel viento,
de aquel sol, de aquel cielo,
de esta montaña dura.
Pablo de Chile, espérame. Tengo vergüenza de mi patria.
El viento está en la cárcel,
el sol luce cadenas,
el cielo está custodiado,
la montaña no puede salir a ver al valle
y el río calla, calla, porque no le es posible
escribir sus panfletos de espumas y sardinas.

El reloj suelta al campo su equipo de señales.

Se ha secado la tinta en los tinteros
y las estilográficas sirven sólo
para crucificar mariposas de Muzo.
La verdad gota a gota se filtra por la astucia
y se quiebran mis brazos de aguardar el abrazo
de aquella que su antorcha alza sobre tu América
como si fuese un Etna vengativo.
Y se me caen los ojos de mirar al silencio,
por ver si llega, escuálida,
la que infamaron y vendieron.
Envuelto en capa de ignorancia y de lodo,
jinete en un murciélago, Maquiavelo ha llegado.
Ayer me dijo un niño de melón en la calle:
yo no quiero comer, yo no quiero su cama,
ni su camisa, nada. Quiero que mi pobreza,
que mi desnudez, sean libres.
Déme, señor, un plato de libertad.
Señor, me muero de hambre de libertad.
Con su ropa de niebla corrió con un pez de colores.

Economistas de olla, república de espárragos.

Pablo de Chile, búscame un rincón en la tierra
que no puedes nombrar. Tengo frío
y me duele la sangre y me duele la risa,
porque tengo vergüenza de mi patria,
y me duele la patria,
y mi patria tirita,
y mi patria se cae.
Cómo gime mi patria, Pablo de Chile,
hermano del halcón, de la honda y el mármol.
El sol baja su grúa de penachos ardientes
y el cielo de opio azul brinda su pipa al río.
Dentro de la montaña que palpita de espanto
sueña el cobre con una gestación de campanas.
Los árboles sin jarcias
echan por la pradera su proa de raíces,
y las piedras sin sexo,

corren hacia la ancha fecundidad del rayo.
Todo se mueve, todo se moviliza, la quietud inclusive,
cuando la libertad se ha ido.

(Un poeta camina bajo nubes ajenas,
y otro poeta llora bajo sus propias nubes.)

Uno, 1952. Dos, 1950.

DISCURSO

de una rosa en una clínica

El dón de la palabra me lo dieron los vientos
cuando ellos crearon la Rosa de su himnario.
Si habla el cuervo, ¿por qué no habla la rosa?
La reina de las flores me han llamado por siglos.
No acepto el honor ése ahora cuando caen
coronas como harapos.
La reina de las flores es la tierra.
Porque yo apenas soy un crepúsculo en miniatura,
un horizonte marino doméstico.
Y sin embargo débome al milagro
de digestivos círculos bovinos.
Una mano de estrellas me trajo aquí en un éxtasis
de un jardín pobre frente a choza honesta.
No soy, pues, una rosa con injertos foráneos:
soy una rosa criolla y democrática.

Mas aquel día, esclava de sábanas y vidrios,
fui un pedazo de pan, para una boca hambrienta.
Vivo aquí del dolor, de los tormentos verdes,
y del sol que se filtra y se arrastra hasta mis ojos.
Serena pincelada, inadvertida para la ciencia,
pongo el orden en las lágrimas.
Y soy la inspiradora de bisturís helados
que cortan y dan la vida.
Yo soy la rosa madre que ha parido cien hijos
sin que cayera uno solo de sus pétalos.
En los quirófanos he visto hacer ojales en huesos
y con suturas de cátgut o con fibras del rabo del canguro,
coser heridas en músculos y nervios,
con tal y tánta destreza, que he creído encontrarme
en un maravilloso salón de costura.
Ya la vida del hombre, del hombre-herida, del fracaso-hombre,
depende de una aguja y de un hilo.

Yo vi la luz llorar sobre unos muslos
y vi el dolor cantar sobre unas manos
en que la muerte se ponía más dulce.
La vida protestaba en sangre hirviente,
el corazón rugía en su cueva de huesos;
olía a drogas fértiles y la noche, abajo,
pasaba pregonando crímenes.
Yo vi nacer la muerte en aquel vientre
lleno de vida y placidez terrible:
no dejó gemir la sangre, vísceras,
arterias y músculos, al otro lado de la muerte, oyeron
la voz del asco el vómito del mundo.
Y de toda aquella miseria fisiológica,
inclusive el corazón, no había nada digno
de un beso, de una música.
Yo vi cantar la muerte entre algodones,
la vi romper entrañas como sedas podridas.
Yo he visto aquí la muerte, la he tocado,
la he mordido con mis perfumes frágiles:

llega, entra con pies de olvido y manto de esmeralda,
arranca una matriz núbil
y sale al sol como una paloma sin escudo.
Anoche yo la vi cuando una cortesana
cuajaba el primer llanto de su hijo de nadie.
La vi romper vitrales, porcelanas y baccarats infectos:
desparramar la vida hacia lo triste,
agitando sus malas castañuelas en su diestra de sangre.
Mas yo, la rosa, que presido la vida desde el vítreo vaso,
abrí los ventanales de alas limpias
y la lancé al suplicio de los caminos negros.
Porque sólo una rosa puede que un niño
ni sufra, ni solloce, ni se muera.

No sé jugar al bridge ni llorar a domicilio,
ni quiero aprender a arrodillarme
y los bailes modernos me producen vergüenza.
Y odio con el odio de la hormiga al turista,
la arquitectura imposible de los átomos,
la segunda luna de miel, las cataratas del Niágara,
el voto femenino y los estafilococos;
los gobiernos asidos al cogollo del crimen,
los huecos dictadores en salsa alemana,
el álgebra,
la Bolsa,
el jamón,
la geometría,
los valses de Strauss,
el uranio,
el plutonio,
a Max Factor
y las motocicletas.
Y odio como odia el pez las vacaciones de los potentados,
los perfumes bandidos de la química nueva,
los brassiers mentirosos,
las cremas, las lociones, los lápices de labios,
los tocólogos y "Por siempre ámbar".

¡Qué mal huele la vida y el dolor qué sucio!
La vida es sangre y pensamiento. Pienso.
Yo pienso con mi color y mis olores.
Mi organismo es más puro, más perfecto
que el de la más divina de las hembras.
Jamás la rosa se pintó las uñas.
Jamás la rosa subastó su sexo, porque la rosa es rosa.
Jamás la rosa estranguló a su hijo.
Jamás la rosa carminó sus labios sin el permiso de la aurora.
Jamás la rosa cometió adulterio.
Jamás la rosa...!
"Ayer naciste, y morirás mañana", dijo mal el de Góngora.
¿Cuándo ha muerto una rosa?
Las rosas no se mueren: se retiran
a su alcoba de cánticos a soñar con el agua.

Y me gusta el amor cuando reposo
sobre una cabellera, en unos hombros, en un seno,
aunque los hombres me deshojen.
Ni pálida,
ni cándida,
ni mística,
ni plácida,
soy una rosa humana y sensual como cualquier Desdémona;
una rosa, una rosa, una rosa...
artista y perfumista.
Y me gustan los versos como éstos
que me escribió un Don Juan de tallo y hojas
en el álbum desnudo de mi espalda:

Aún en mi sitio tu perfume vela.
Olor a estrellas en tupidos ramos,
a grito de canela tras el viento,
a jugo de cristales jubilados.

A fragmentos de alondra azucarada,
a perla negra sobre dedo blanco,
a agua de aljibe sin Narciso a bordo,
a la axila de un ángel en su baño.

A minueto de garzas encendidas,
a raíz de parábola y de ala,
a niña de la brisa en el espejo.

Y —olorosa columna de la cita—
con su fusil de aljófar, firme, alerta,
tu perfume custodia mi silencio.

Y me gustan el elefante y el almíbar,
y me gustan, por dulces, las estrellas,
y me gustan los niños en camisa de espumas,
y me gustan los besos anclados,
y me gustan las olas con su duro entrecejo,
y me gusta el poeta crucificado en una golondrina,
y me gusta la abeja cuando chupa mis pechos,
y me gustan los vientos dorados de polen,
y me gustan las nubes dibujando gigantes,
y me gustan los cielos cruzados de brazos,
y me gustan las frutas servidas en sus ramas,
y me gusta el oro porque suena a libertad,
y me gusta la cita bisiesta sobre el henil espléndido.
Adonis,
Beethoven,
Walt Disney,
Da Vinci,
Lenin,
Ovidio,
Miguel Angel,
Safo,
Friné,
Juana de Arco,
Madame Curie,
el pájaro mosca,
las fragatas de azúcar y las constelaciones,
los árboles abuelos con sus barbas de orquídeas
y el narciso diabólico en vestido de baño.

Viva el partido del amor!

(Aplausos.)

ODA CIVIL

Te me pareces a la luna
que cuando se sonroja
derrama lágrimas azules.

Me gustas más así, ciudad, con tus cabellos al cielo
y tus labios al rojo.
Frívola, te quiero algunas horas.
Me gustas porque tienes el aire
de una señoritinga casquivana.
Y me gustas porque eres un grito sin eco,
un vaso sin vino, el cadáver de un arpa.
Por eso voy a agasajarte, ciudad aventurera,
no en mis brazos, en la cadena de una oda bárbara,
en estos versos sin música,
resquebrajados, inútiles y fútiles,

como tú, paraíso sin Evas ni manzanas.
Eres la ciudad clara y burda, pero blanca y bella
como una mujer desnuda. Eres la ciudad sin lentejuelas,
sin espiritualidad, sin ensueño, sin pasado, invertebrada.
Tu porvenir lo señaló el índice grotesco
de Sancho, tu príncipe y señor. No miras
al futuro de las urbes generosas,
porque tienes los ojos puestos en el hoy, como esos
tus mil y un gastrónomos.

Rabiando me decías:
—Tántos judíos en las calles mías
y no tengo ni un plato de judías.

(REY del absurdo, vengo
—roto el manto—
del fabuloso país de la locura,
precedido por los enanos del odio,
con una sonrisa difunta en los labios.
En las estepas rojas dejé mi alma simple
curvada de astrosías.
Metáforas de estrellas embellecieron mis andazas sin norte
y mi humor hamletiano
lucí en mi diestra como un "regente" monstruoso.
¡Rimbaud, Rimbaud, fuiste mi camarada,
mi consocio en Harrar, vendiendo pólvora
y colmillos de duros elefantes!)

Te me pareces a las nubes
que por salir desnudas,
andan de boca en boca y se resfrían.

Pero eres diáfana como la caja del sol,
ah, deliciosa capital del hastío!
Eres la inhóspite ciudad donde hasta Helios
cobra a precio de oro el kilovatio.
Eres la burguesía amonedada y eficiente:
ahorcaste a Apolo un día

y a Como elevaste la mejor de tus estatuas.
Hasta Bolívar —erigido a base de limosnas—
en medio de su círculo de árboles, olorosos a incienso,
ha pensado bajar de su caballo
y dedicarse al agio como un mortal cualquiera.
En tu regazo el genio americano de la espada
se convierte en Simón el Bobito.

Desde tus azoteas
—casas de citas de las azaleas—
se ven —rodando al río— tus palabras feas.

(Como furias fragantes
en la selva de rascacielos de las metrópolis
me devoraron las mujeres.
Pero tengo el alma poblada de arcángeles rojos,
los ojos llenos de paisajes rojos,
las manos erizadas de cuchillos rojos.
Yo, toda, soy como un relámpago sangriento,
entre estos pelafustanes sin mollera,
en esta charca de ranas trilingües,
en medio de estos vientres eruditos,
en donde la risa es un crimen
y el talento una úlcera.)

Te me pareces al centauro
que," jinete en sí mismo",
nunca ha montado en un caballo entero.

Eres la ciudad sin cerebro, pero ventripotente
aún más que todos tus rudos feligreses.
Custodiada por ásperas montañas,
has de morir un día borracha de petróleo y oraciones
y ahita de negocios, sin descanso.
En ti —frasco de pétreos contornos—
un feto mayor de edad es el poeta.
Yo he de cantar tu miserere,
tu miserere de cemento armado.

Soñar, cantar, reír en tus barriadas,
es arrojar margaritas a los de la vista baja.
Tú te duermes con una sinfonía;
entre Ford y Beethoven te llevas al mecánico Creso;
das puntapiés a quien te nombra a Virgilio
y te avergüenzas de un desnudo en mármol.

En tus parques de aromas
tus buenas gentes romas,
le cotizan el pan a las palomas.

(No aplaudirá mi danza el de la Panza
y no será su vino para mis odres regios,
¿Apoto? No. Báquico, báquico, báquico,
para que ladren los apóstoles
de todas las aguas minerales.
Gracias al divino zumo que es la fuerza
del motor de la sangre,
cuando la vida me abrasa y despedaza
y la ciudad estrangularme quiere
—huésped de honor del azul—, toda la noche muevo
mi máquina de júbilos
y alto, muy alto, subo en evasión libertadora
a mi tertulia planetaria
a hablar mal de la tierra.
Y bajo, con el sol, como un dios ebrio.)

Te me pareces a la muerte,
que por falta de oficio
vive jugando con la vida ajena.

En ti, ciudad, no han cantado las hojas todavía
ni el aire ni la avenida elástica.
Todo es estruendo en ti, todo desorden
en el sistema natural del ritmo;
que si no fuese por la flauta mágica
del lento afilador que rueda y rueda,
ya se habrían pegado tus pájaros un tiro.

El único turista que viene a ti es el viento,
mas nunca se quedó a dormir contigo,
que yo he visto en tus calles de soledad bordadas,
al diablo en mangas de camisa.
Eres ceñuda como la babilonia yanqui
y no eres festiva como Lutecia espléndida,
porque tu rol en la comedia humana
es roncar y rugir a todo pecho.
Si Tebas fue levantada con las armonías
de la lira de Anfión, tus muros fueron construídos
con los rezos de lánguidos patriarcas.

Regionalista, hermética,
prefieres la cosmética,
a la más pura estética.

Hé aquí el valor de mi espíritu:
cantar en donde el canto es un espanto,
cantar en donde aúllan como lobos,
cantar en donde asesinaron la alegría,
cantar entre feriantes,
entre cambistas,
entre bausanes,
entre bigardos,
entre uranistas,
entre millonarios con hambre y taparrabo
y entre amorales moralistas.
Rey del absurdo, vivo
sin saber cómo vivo y no me muero,
dando apretones de manos a cambio de zarpazos,
sonrisas a trueque de frémitos,
rosas por guijarros,
astros por cerillas.
Pero mi nave aérea consuela mis hartazgos
y en el parque de mi muerte se congelarán —cristales rojos—
el llanto de los ciegos ruiseñores.)

Te me pareces a un amigo

tan aprensivo y bueno
que murió de un fibroma en la corbata.

Yo no te digo que no tienes alma,
dulce ciudad de ceibas,
porque en verdad la tienes,
pero es una alma de segunda mano.
Si otra ciudad como blasón ostenta
ser el sepulcro del Sin Carne Loco,
tú eres la matriz y la cuna de Tartufo
o la ciudad donde él mejor viviera.

Ciudad vasta, sin casta:
tu ecuestre paisaje vendes, hasta
en pública subasta.

(Caigo otra vez a esta rútila casa de trasgos y de duendes,
a esta pradera de asfalto,
rotas las alas, roto el gobernalle,
rota la zampoña de oro.
¡Dejad la eternidad para ayer tarde
y dadme un poco de placer ahora;
iluminadme más estos abismos
para tirarme de cabeza en ellos.
No me dejéis morir, sombras doradas,
en este monasterio de gitanos.
Es tan dura la muerte en este pueblo
que el que se muere aquí se muere todo.
Rey del absurdo, adorno
mi roto manto con mi canto...)

Te me pareces a la huerta
de mis abuelos, donde
se morían de tedio las lechugas.

Aquí estás, ciudad mía, en mis rodillas,
besada, acariciada y festejada,
como cualquier muchacha de veinte años.

Vas a portarte bien, a ser muy buena,
y no vas a tornar a tus andadas.
Arréglate el cabello, vuélve a pintar tus labios,
suénate las narices
y sécate las lágrimas.
Véte ahora a reír, como si fueras
una ciudad al día,
una chica de las que ya se dice
que es elegante y fácil.
Y quítame de encima la mirada
porque me estás quemando poco a poco
la cera de mis alas sin esfuerzo.

Tu punto neurálgico,
o mejor, el gastrálgico,
es el dólar nostálgico.

Pero eres luminosa como el palacio del sol.

EPIGRAMAS VARIOS

Gracias me debe a mí la vida buena:
sobre las ruinas del Invierno,
fundí la estatua de la Primavera.

*

Con su perro de aguas, bajo el agua maldita,
agitando en la calle su iracundo atavío,
envuelta en nubes feas, camino de la cita,
pasa la Venus Pública arrastrando su hastío.

*

Cómo yo me comía
las uvas de tus letras
en los viñedos de tu ortografía.

*

La eternidad me gusta sin bemoles:
ni muy larga ni corta:
como la de las frutas y las flores.

*

¡Qué memoria la mía!
Por venir a decirte que me marcho,
dejé mi corazón sobre mi mesa.

*

Una oscura llama
que hace negro el día:
es india y se llama:
Celinia Umbasía.

*

Cómo sangró mi alegría
cuando clavaste en mi pecho
tus uñas de antología.

*

Golfo de Morrosquillo! Esmeralda despierta,
cofre de caracoles y de peces alfombra.
Este mar es un vaso de pájaros de vino
en un Cocktail de alondras.

*

So la mañana en éxtasis, entre risas y llantos,
y sílabas y gritos y díscolas melenas,
con tizonas de plásticos y cañones de lacre,
en las heroicas barbas de Bolívar, los niños
se tomaron el parque.

*

Ella miró al limonero
suspirado de limones.
El mozo miró a su pecho:
limones.

*

Se asusta el agua cuando pasa el viento
con sus mostachos de mentiras.
Se asusta el corazón cuando tú pasas
y se asusta la sangre si me miras.

*

Aló, México, espero
volver a ver tus frescos y tus parques,
y comerme otra vez con Zalamea
una tortilla de volcanes.

*

Cayó un pequeño diablo en su frasco de tinta.
Fue en Trieste. Y Joyce le clavaba la pluma.
Se le acabó la tinta y con sangre del diablo,
terminó Joyce su ULISES, en París, una noche.

*

Narcisismo del viento en una esquina
de la tarde, mirándose
en el brillo nupcial de sus zapatos.

*

(Arte poética)

Hacer y deshacer y hacer de nuevo.
Y hacer sangrar el adjetivo vivo.
Es más fácil parar de punta un huevo
que encontrar el Colón del adjetivo.

*

Ha muerto Vestamor. No la vi muerta.
Que la puerta esté abierta
por si algún día Vestamor despierta.

*

Sube a sus ojos un sopor risueño
y a sus mejillas himnos cereales:
que la noche no lea sus misales
porque María Clemencia tiene sueño.

*

Recórta ese perfume que me mata.
Sin perfume te quiero, oliendo a estrella,
al corazón del agua.

*

(Torre Eiffel)

Sinfonía de hierro, estructurada
por Debussy en la sala de las nubes.
Oh! No! En París esta noche
se varó, sin remedio, una jirafa.

*

Llegué a Pisa y una venia
me hizo la torre de Pisa.
Y yo incliné la cabeza.

*

Esta es la calle del amor, la herida
calle del as de corazones.
Aquí jugué y perdí toda mi vida.

*

Endrina del Arcipreste:
te voy a decir bonita,
si me cuentas qué le diste
al de Hita.

*

En la avenida mártir
se alza, apuntando al cielo,
el muñón de una palma
que ametrallara el viento.

*

Cuando advertí los signos de tus huellas,
en un viento terral montó mi grito
para alcanzar tu adiós en las estrellas.

*

Hincados los hinojos,
le suplico a tus ojos que me miren
porque ya sólo veo con tus ojos.

*

Me hacen falta tus manos, la melada
pareja de tus manos, grandes, rojas,
tus manos de varona huracanada.

*

Amado Baudelaire: ese que luces
rictus fatal, es gloria desgarrada:
Juan Duval en ti crucificada
y tú crucificado en cuatro cruces.

*

En el David de Miguel Angel sopla
un viento de titanes.
Es un canto de músculos de mármol,
un tratado de alientos seculares.

*

Me hacen falta tus ojos, doctorados
en química de amores
y en una Yale de duendes maquillados.

*

Si me muero te ruego que me subas
a la copa de un árbol.
Nada de huecos en la tierra, quiero
una tumba con sol, frutos y pájaros.

*

Angel de las tinieblas, te nombraron
oh, mi don Luis de Góngora y Argote.
Arcángel de la espuma yo te llamo.

*

Sonia Martínez es un eco
de libertad. Es fuego. Es nieve. Es brillo.
Es miel. Es blanca. Y es la estría
y el fondo de un crepúsculo amarillo.

*

Oh, el suave mecanismo de noche!
Te cierra a ti los ojos
y abre los míos sin poder cerrarlos.

*

León de Greiff: mañana y un avión brisado
irá verse mi boina con la tuya sin rizos.
Espérame esperando en tu Café sin éste,
con el amigo néctar y néctares de amigos.

*

Con ritos y con música, Confucio
dijo que una nación mejor se guía.
Como los ritos en mi patria abundan,
nombro a Beethoven jefe del Estado.

*

Son tus ojos tan grandes
y tus senos tan breves, tan pequeños,
que bien puedes llevar como anteojos
el guarda-copas de tus senos.

*

Asesinaron a Mahatma Gandhi,
monarca de ofendidos y humillados.
Ni una gota de sangre hubo en su muerte:
por la paz ya la había derramado.

*

Cuando muere un amigo, cúrvo mi pensamiento,
quiebro todas mis copas, beso y grito su nombre,
y me voy a buscarlo por los bares del viento.

*

Dicen que dicen y diciendo dicen
que Stalin es aquesto, estotro, aquello,
y que el diablo es lo que más ama y estima...
Que Truman es de un ángel el destello...
(Yo vi la estatua suya en Hiroshima.)

*

No me hables tú de libertad, hermano.
Libertad no se dice con la boca.
Se grita con la sangre, con la mano,
la libertad se toca.

*

Soñé con Adelaida en Adelaida.
La niña me ofrecía
una cesta de níspolas. Yo era
un canguro rapsoda que corría.

*

Aquí estoy en el mundo
jugando a vivo y muerto.
Piloteando un frágil
corazón sin objeto.

*

Mucho cuidado al consonante, afirmo
que ha matado más versos
que el DDT mosquitos.

*

Cuando sea mi entiero me iré —buzo terrestre—
y en una jira artística
en busca de los brazos de la Venus de Milo.

*

Cuando dices: ¡silencio! me parece
que cae sobre un prado de cenizas
la lluvia de una música de muerte.

*

Esa muchacha vende
fulgores de su carne
cuando la carne enciende.

*

Precioso ese vestido:
pero es más bello el traje
que anoche no tenías.

*

Dime cómo te llamas:
se me olvidó tu nombre.
Sólo recuerdo el nombre de tu beso.

*

Amalia Arango y Alvarez del Pino
tiene los ojos verdes.
Y más verdes que el pino
cuando estrenan los pinos trajes verdes.

*

El loro en su rama enjuta,
zurciendo palabras malas,
en la imagen diminuta
de una Academia con alas.

*

Las equis de este siglo se llenaron de sangre.
Sangre en los vientos y en las nubes sangre.
Sangre en los nidos y en las olas.
Y sangre en la canción y en la luz sangre.

*

Absuelvo a Barba Azul. Fue generoso
con todas sus mujeres. Sólo un día
disgustó con la sexta, porque dijo
que no eran verdes sus azules barbas.

*

Mi gato persano suele
dormirse sobre mis libros.
De Ronsard gusta unas veces
y las más del Aretino.

*

Rotativas del mar! La ola lanza
en páginas de sal sus tiras cómicas.
Y las deja en playa
para alcatraces niños y gaviotas.

*

Cuando veo la amiga de Vestamor, un río
de dátiles amargos por mi espíritu pasa.
Y al lado de la amiga, su sombra de diamante,
me sonríe y me llama.

*

Se están muriendo de hambre los niños de Colombia.
Ya no hay leche en los pechos ni maíz en las trojes.
Pordioseando en plazas y calles, las raíces
heladas de sus dedos
levantan a la dura sordidez de la noche.

*

En mi castillo de arena,
el clavecín de una pena
suena
bajo la noche morena.

*

En esta paz orgánica
que la tarde estimula,
mi soberbia satánica,
capitula.

*

Dice un proverbio alemán:
alguien cuida que los árboles
nunca lleguen hasta el cielo...
ni que yo llegue a tus brazos.

*

No hay farsa más simpática,
te digo, en ti pensando,
que una mujer desnuda,
llorando.

*

Desde mi rosa edad media
hasta hoy, ténlo presente,
sin fallas, seguramente,
soy maestro en calipedia.

*

Este don Paco Rabelais me embruja
cada vez que a sus páginas me asomo.
Y sin embargo Rabelais fue casto,
inapetente y sobrio.

*

En la olímpica terraza,
esta noche dará el viento
un recital de jitánforas.

*

Mi corazón —mala persona—,
que al Bajísimo entrego,
como la salamandra
se alimenta de fuego.

*

París. Hoy cumple dos mil años
la ciudad que es canción.
Y con la edad de Cristo, todavía
no ha hecho la primera comunión.

*

Oye tu voz, María Cecilia:
En un columpio de gardenias
la música y la miel, cantan, mecidas,
por un trío de abejas.

*

Estos duraznos que pintó el artista
Juan Gregorio del Llano,
están tan mal pintados y tan limpios
que huelen a durazno.

*

Espérame ciudad en duermevela,
a cuyos muros mi pasión se postra.
Emplumeciendo está, ya casi vuela
mi soledad de ostra.

*

Cuántas mujeres en mi vida. Y una
sola quedó tocando la campaña
del corazón: mi muerta.

*

Un nuevo santo tengo para España
digno de su presente.
El santo Job, podrido, oscurecido,
insolvente y paciente.

*

Este ambiente nocturno
viciado está de crímenes y besos,
y la noche —su víctima— protesta
contra la dictadura de los sexos.

*

La negra taitiana que Gauguín pintó sobre
lecho de colorines, desnuda al ocre vivo,
con la muerte velándola, si de allí no se mueve
esa fruta de fuego, se va incendiar la sábana.

*

Vamos al carrusel, querida mía,
a volver a ser niños:
yo montaré en el cisne
y tú en el cocodrilo.

*

Por tierras, mares y nubes,
caminar es mi destino,
que cuando nací, llevaba
nueve meses de camino.

*

El: —No más ruleta ya. Es tarde, Lida.
Ella: —Pide champaña y déja tus rigores.
El Otro: —El coche espera... Dáte prisa, vamos...
La Muerte: —...hagan juego, señores.

*

Para la tumba de Rubén un cisne.
En la de Poe un cuervo.
En la de Charles Baudelaire, albatros.
Para la mía el viento.

*

Tan largo fue aquel beso
en el viaje de novios,
que tuvieron el tiempo suficiente
de contar los microbios.

*

El viejo sol decrépito, astillado,
tambalea al ocaso en su nueva derrota,
y al verlo tan mohino y sin bastón, le ofrece
una copa de menta la laguna de Tota.

*

Noche marina de dormido aceite.
El cielo a tiro de ballesta, claro;
las nubes de alcanfor en bicicleta
y la luna a la altura de la mano.

*

Tan activo es el viento
frente al mar,
que va a la zaga el pensamiento.

*

Se abre la tierra, el cielo se desploma.
y está lloviendo sangre.
Se pára el corazón. Ardo. Me muero:
he perdido mis llaves.

*

Aquí en el mar no llores,
y recuérda
cómo es de cruel el viento con las flores.

*

Cayó tu cuerpo de quemado brillo
en la playa, de arenas en un coro,
y te ofreciste al sol, cubriendo, amante,
con un brazo los ojos.

*

No me entusiasma el paisaje en bruto,
ese que es de la luz doble fracaso:
prefiero el paisaje aquel que suena
en las guitarras de Picasso.

*

Te suplico, señora, me perdones
mi aberración sexual,
que los poetas
somos a veces asnos, y otras dioses.

*

En la playa sonora escucho ulíseas
voces de un hondo batallar,
que es América toda un haz de playas
y Bolívar el mar.

*

Seré trisecular. Nací muriendo
el siglo XIX.
Y esperando el atómico XXI,
aquí me río en la mitad del XX.

*

Si acompañarme subes
en las noches de amor, será muy cierto
que yo viva en las nubes.

*

El sábado es diurético y erótico,
sabe a uva y a amigo epigramático;
es de los días el narcótico,
es cómico y dramático.

*

A este niño de dátiles y pájaros,
mi corazón le pongo entre los dedos,
y a sus labios lo lleva y se lo chupa
como si fuera un caramelo.

*

Piedras le tira a tu pecho
tu corazón cada día,
porque en tu pecho de arena
no queda una rosa viva.

*

Todos los días a la vida arribo
en mi nave de espanto.
Despierto y canto
porque estoy vivo.

*

Tu mano de sombra aguda
su vino en mi copa vierte:
desde que te vi desnuda,
sigo pensando en la muerte.

*

Sin el lujo de un tiro,
con la sangre cansada,
mañana me retiro
a mi muerte privada.

*

Canción de fuego cantaré al esclavo:
sin libertad, la vida
es martillo sin clavo.

*

Luciendo sus harapos
la risa espera, muda,
en la puerta del llanto.

*

Con el viento del último momento,
llévame, viento mío,
hasta las nubes de su pensamiento.

*

...Y cuando el corazón le da la vía,
a la gruta del viento, libre, sola,
allá va la canción de cada día...

INDICE:

	Pág.
El poeta va de compras	9
La cena del poeta	15
Juventud al agua	19
Elegía II	23
Tragedia mínima	43
Epitafios futuros	43
Para el túmulo de Adelaida	52
Para el túmulo de Vestamor	53
Segunda temporada infernal	55
Retrato de hombre	59
Nuevo Testamento	63
Con su roca a la espalda	67
Entre la espada y la pared	73
Discurso de una rosa	83
Oda Civil	91
Epigramas varios	101

Dirección del autor:

El Espectador. Bogotá, Colombia.

Acabóse de imprimir éste libro de
Ciro Mendía, en los talleres de
«Cromográficas» Impresores,
el día 23 de octubre de 1955.